

El aviso que dió monseñor Rivarola, delegado apostólico, de que iba á llegar el Soberano Pontífice, hizo acelerar desde el amanecer del día 24 todos los preparativos hechos por el pueblo para recibir á S. S. Antes de salir el sol ya habían partido de la ciudad una infinidad de coches; todas las calles por donde debía pasar S. S. estaban llenas de gentes; se cerraron todas las tiendas, y se abandonaron los talleres, pues la única ocupacion que tenían todos era el objeto de esta jornada. Todas las gentes se habían puesto los vestidos mas luxosos con proporcion á los medios de cada uno.

SS. MM. el Sr. D. Cárlos IV y su augusta esposa, la reyna de Etruria y el infante D. Francisco salieron por la mañana, acompañados de su comitiva, á esperar á S. S. á la casa de campo llamada la Justiniana, en donde S. S. debía descansar algun tiempo.

Luego que llegó el coche del Soberano Pontífice, SS. MM. y la familia real se presentaron á S. S. en el momento en que iba á baxar del coche, y le cumplieron con las expresiones mas sinceras y obsequiosas, y en seguida subieron con S. S. á la habitacion que estaba prevenida, donde hablaron SS. MM. al sumo Pontífice como media hora con la mayor intimidad.

Después de una hora de descanso S. S. dió su bendición al pueblo que estaba en el campo y en las colinas inmediatas, y continuó su viage hasta Ponte-Molle, en donde le esperaba la comitiva que debía acompañarle, así como la comision del estado.

En el momento en que la bandera del Soberano Pontífice se enarboló en la torre nueva de Ponte-Molle, construida en su reynado, la saludó con un cañonazo el castillo de St. Angelo, y á esta salva, que fué la señal de alegría, correspondió la multitud reunida con un grito de regocijo, el qual se propagó de calle en calle hasta los confines de Roma, manifestándose en todos los semblantes el gozo de sus corazones.

